



Moure, Clelia. "Reseña bibliográfica: Luis Gusmán, *Epitafios. El derecho a la muerte escrita*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2020, vol. 9, n° 18, pp. 223-225.

Luis Gusmán
Epitafios
El derecho a la muerte escrita
Bahía Blanca/Buenos Aires
17 grises
2018
454 pp.



Clelia Moure¹

Recibido: 20/11/2019

Aceptado: 18/12/2019

Publicado: 10/03/2020

La inscripción en la piedra: escritura, identidad y memoria

La editorial bahiense 17 grises nos entrega una segunda edición actualizada y aumentada de este extraordinario ensayo de Luis Gusmán, que viera la luz por primera vez en mayo de 2005 a cargo del Grupo Editorial Norma, en la colección Vitral.

¹ Doctora en Letras (UNLP), Magister en Letras Hispánicas y Profesora en Letras (UNMDP), en la que se desempeña como docente e investigadora en el área de Teoría Literaria desde 1995 hasta la fecha. Es miembro activo del Ce.Le.His (Centro de Letras Hispanoamericanas) y de la Red de Intercambio Académico en el área de Literatura Latinoamericana *Katatay*. Contacto: cimoure@gmail.com

Esta segunda edición le agrega a la primera, además del prefacio de Jorge Jinkis, un conjunto de cinco textos que cierran el libro reunidos bajo el título común de "Una política de los huesos". Pero aunque no lo revelen de manera tan explícita los títulos de los apartados anteriores, todo el libro es una honda reflexión política sobre la escritura en su vínculo problemático con la muerte.

En este aspecto el libro es una confirmación del carácter complejo y heterogéneo de la obra de su autor, cuya escritura está siempre atravesada por la historia colectiva, veladamente o no. En este caso Gusmán pone en primer plano lo que constituye, a mi juicio, uno de los núcleos más potentes de su obra (y de su condición de escritor): la relación insoslayable entre la escritura y su soporte material. En los epitafios el soporte que prevalece es la piedra,

pero el ensayo indaga también, ineludiblemente, sobre la escritura en el cuerpo. Esta línea de fuerza en la reflexión gusmaniana nos envía a la consideración del cuerpo ausente cuyo epitafio asegura la memoria de una identidad, y a la del cuerpo desaparecido, ominosa estrategia de la violencia política que atenta contra la existencia misma del ausente, por cuanto intenta borrarlo, abolirlo definitivamente, eliminar toda huella de identidad, sin dejar rastros ni rostros. El epitafio entonces se convierte en palabra escrita sobre papel. El autor estudia y analiza con amoroso detenimiento los recordatorios publicados en el matutino porteño *Página/12*, una transposición de la piedra o mármol al soporte de la comunicación social, eficaz antídoto contra el olvido y la negación de la identidad de los caídos durante la dictadura militar. Las dos versiones de este conjunto de ensayos (la de 2005 y la de 2018) están fuertemente atravesadas por la reflexión sobre este caso particular de los “géneros para la muerte”. El autor los llama “recordatorios”, pero advierte que esa denominación resulta reductiva por cuanto no sólo conmemoran, sino que “*transmiten* cada aniversario la actualidad de esas desapariciones. Quizá por eso la dificultad para acercarme a esos impresos breves que, más que recordarnos a los muertos, nos revelan la evidencia de un discurso que por más estereotipado y retórico que sea, sigue vivo” (362; destacado en el original). La relación urgente y necesaria entre identidad y epitafio renueva el género funerario y lo instala, transfigurado, en el presente. Estos textos confirman una vez más la poderosa interacción entre la serie histórica y la serie literaria y demuestran, como quería Tinianov, que la forma es dinámica y sigue a la función.

Para nuestro autor el epitafio integra, también, la historia de la lectura o de la recepción literaria. Es, en primer lugar, una llamada al caminante, para que el *victor* se detenga ante la inscripción y se entere de la identidad de quien yace en la tumba. En virtud de la transposición señalada

en el párrafo precedente, se configura también como una llamada imperiosa que el texto ejerce sobre el lector de un diario, para que detenga su distraído hojear y, en una estimulante analogía entre quien lee y quien camina entre las tumbas, se entere de la identidad del “desaparecido” que ha sido restituida por la voz y la decisión política de sus familiares y amigos. Se comprende bajo la forma de esta analogía que el género implica un compromiso poderoso con la nominación: el nombre es el dato central para crear o recuperar el vínculo del muerto con la vida. Lo antedicho explica el subtítulo del libro. En ese sentido el autor declara en la introducción:

Que el epitafio exista es insoslayable para la identidad. Saber quién es el muerto y dónde está su tumba es un derecho. La apelación a ese derecho en la antigua Grecia se la conocía como el “derecho a la muerte escrita” –como si el acto de morir reivindicara póstumamente un ejercicio absoluto del derecho. (30)

La literatura también cumple esta función reivindicatoria de la identidad y ejerce este derecho. El autor nos propone un recorrido por un amplísimo y variado conjunto de escrituras funerarias: analiza la epigrafía clásica escrita sobre piedra al costado del camino; los caligramas de Apollinaire que actualizan la cuestión de la escritura como inscripción; entabla diálogos con textos de Kafka, de Segalen, de Edgar Lee Masters, de John Berger; también evoca un cuento de Maupassant y una conmovedora crónica de Lemebel. En cada caso de manera particular, la experiencia literaria activa la estructura dialógica propia del epitafio. Dicho de otro modo: así como el epitafio es una llamada que interpela y obliga al caminante a detenerse, las experiencias literarias comunicadas por Gusmán en los diferentes apartados de este libro –lleno de referencias conectadas por un movimiento en deriva tan ágil como deslumbrante y productivo– proponen una

conversación con los ausentes, un diálogo que no se produce en un más allá hipotético o trascendente, sino que se despliega entre el cielo y la tierra. Ese dialogismo puede ofrecer la posibilidad de una réplica tardía, confiriéndole al difunto el poder de la palabra. También puede configurarse como un “antiepitafio” a través del cual el muerto se burla de su propio monumento funerario. En el caso de la obra de Edgar Lee Masters, los difuntos parlotean desde sus tumbas (Gusmán compara ese parlotear con la entrañable novela de Manuel Puig *Cae la noche tropical*) y sostienen las mismas rencillas que mantenían en vida. Tal vez sea Lemebel quien extrema el procedimiento: es el propio Quilt (pañó o tejido) que los familiares, parejas o amigos tejen con las prendas del “deudo sidado” lo que se escribe en la crónica del autor chileno, recuperando los nombres y las identidades borradas por el discurso oficial que niega la epidemia. En este caso el soporte no es la piedra ni el papel sino la tela que se ubica en el lugar exacto en que el deseo y la muerte se imbrican. Allí se inscriben los nombres de los fallecidos o pequeños recados, mensajes, “susurros en pasamanería [que] alargan el eco del llamado”.

En este brevísimo recorrido por un libro que, claramente, excede las pretensiones de cualquier reseña, no podemos olvidar la lectura que Gusmán nos ofrece sobre uno de los relatos más ominosos de Kafka, “La colonia penitenciaria”, en el que una máquina infernal inscribe la sentencia en el cuerpo del condenado. El soporte no es ya la piedra, ni la tela, ni el papel, sino la carne. Nuestro autor pone a este texto en diálogo con una carta de Kafka a Kurt Wolff que nos permite considerarlo como “un relato de época”. Gusmán cartografía minuciosamente los avatares de este cuento a simple vista reñido con la verosimilitud (con la lógica que prescribe la legibilidad de todo relato), y descubre que el epitafio del antiguo comandante muerto –tema de la segunda parte– es claro y está dirigido a las generaciones futuras. Análogamente el relato de Kafka “advier-

te que la máquina y la colonia pueden retornar en cualquier momento. Sólo es cuestión de esperar” (221).

Desde el punto de vista del género al que podría pertenecer este libro, es evidente que permanece ajeno a las convenciones –por cierto envejecidas– del sistema literario. La obra de Luis Gusmán es original y compleja; no se deja definir por un rótulo o categoría o género, ni puede ser pensada bajo una única hipótesis (es hora de renunciar al afán totalizador y clasificatorio que domina con frecuencia los hábitos del pensamiento académico). Este libro es un conjunto de ensayos que, a pesar de su diversidad y de la autonomía interna de algunos de ellos, se perfila como una reflexión consistente y poderosa acerca de un género de naturaleza heterogénea: bordea un objeto de estudio –el epitafio– que se escribe en la frontera ambigua entre la vida y la muerte, y se configura en una materialidad fluctuante que va de la piedra a la carne.

La escritura como inscripción –en la piedra, en el cuerpo– inseparable de su soporte material, el epitafio como estructura dialógica que les otorga a los muertos el poder de la palabra, los géneros fúnebres actualizados por las políticas de la memoria como respuesta urgente y necesaria ante los cuerpos que faltan y el valor de la experiencia literaria en su potente ejercicio del derecho a la muerte escrita constituyen algunas de las líneas de fuerza de este texto singular e indispensable.